



MONTERREY

Librería Anticuaria
de Galicia

G. Aranda, 18-Tel. 16843

VIGO

n. 14703

7/1.20

ALMOND

COMPRA-VE
DE LIBR
DE OCAS

Aranda,
VIG.

un día; á mí ya me llaman mis compañeras la duxa de las bigolantes. Casémos al dux y á la duxa.

¡Casémoslos! exclamó Beppo echándose á reir á carcajada tendida; pero esto equivaldrá á casar el hambre con la sed.

—Y bien contestó Orseola agarrándose al brazo de Beppo; el dux de los gondoleros trabajará con los remos para matar el hambre; en cuanto á la sed, la duxa de las bigolantes se encarga de apagarla diariamente con sus cántaros de cobre en la cisterna del Palacio ducal.

FIN

LOS DOS CAMINOS

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MATILDE BOURDON

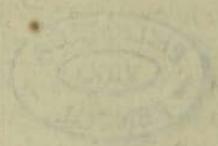


VIGO
IMPRENTA LA EDITORIAL GALÁICA
1894

M. 14706

R. 14705

Biblioteca de LA RAZÓN



IMPRESA DE LA RAZÓN
1871

LOS DOS CAMINOS



I.

En un mismo día, y casi á la misma hora, nacieron dos niñas. Al verlas parecían hermanas; y era de notar la semejanza que había entre sus caras pálidas algo sonrosadas, sus ojos negros apenas abiertos, sus boquitas fruncidas como cintas de púrpura, y sus manecitas que se agitaban, cual si quisieran reconocer el mundo al que venían.

Sin embargo, las dos niñas no se asemejaban en todo: una de ellas era la sexta hija de un pobre jardinero llamado Juan Filiberto, la otra era hija del conde de Vauvres, y su nacimiento, por mucho tiempo esperado, colmaba de alegría á su familia, que habitaba un vasto castillo cuyas torres feudales parecían proteger la pequeña casita que ocupaban Juan Filiberto y su dilatada familia.

Habiendo sabido la joven madre que una niña acababa de nacer en la casa de su pobre vecino, rogó á su marido que fuese su padrino de bautismo.

Compasiva y piadosa, consideraba como el mejor medio de manifestar su alegría, prodigar por todas partes la caridad, y hacer así al cielo cómplice de sus esperanzas.

En el mismo día las dos niñas fueron bautizadas con el nombre de Ana María, y cuando la pequeñita Ana Filiberto regresó á su casa, remitieron del castillo el regalo del padrino, que consistía en un precioso canastillo de ropa para la niña, y vino y provisiones para la familia.

La infancia de las dos niñas correspondió á este primer día. Educáronse juntas, aunque no de la misma manera, y se veían siempre en los mismos lugares. Ana rebosaba de júbilo cuando iba á casa del jardinero á jugar en la pequeña huerta que había detrás de la casita, y correteaba por entre las colmenas donde entraban y salían las activas, zumbones y solícitas abejas ó daba de comer á las gallinas y palomas, llevaba manojos de yerba á la cabra y procuraba cojer cangrejos en la rápida corriente del arroyo que circundaba la casita de Filiberto. Esta vida rústica, estas tareas campestres divertían mucho á la niña, y prefería el vasto horizonte que descubría por encima de la valla del jardincito á las hermosas alamedas y risueñas perspectivas del parque de su pa-

dre. Pero también llevaba en pos de sí al castillo á la pequeña Nancy, nombre familiar que habían dado á su compañera jugaban juntas sobre el aterciopelado césped á orillas de los estanques y en los pintorescos kioskos que embellecían el aristocrático castillo. ¡Cómo se alegraban, cuando iban á ver á los faisanes y daban de comer á las ciervas domésticas que acudían al ver á las niñas, y alargaban sus finas cabezas con su mirar penetrante y dulce, y se asustaban un poco al ver nadar á los cisnes con aspecto casi amenazador y orgulloso!

La Condesa de Vauvres aprobaba la íntima amistad de estas niñas, cuyas cunas Dios había reunido y separado á la vez. Aún hizo más. Débil y enferma, se propuso dar todos los días á Ana y á Nancy una lección de lectura y religión: sentábase en un gran sillón á causa de su poca salud, y las niñas decían alternativamente la lección, y se acercaban para oír los pasajes de la Historia Sagrada, que les refería con fé y claras palabras. Bien pronto se apercibió que no era igual la inteligencia de sus discípulas: Ana tenía un talento dócil y profundo que se asimilaba pronto el alimento intelectual; Nancy comprendía con sumo trabajo el arte difícil de la lectura. Se equivocaba muchas veces, confundía vocales y consonantes, y con sumo trabajo conseguía unir dos sílabas.

Convencida la niña de su inferioridad, decía á la Condesa:

—Madrina, mejor quisiera batir manteca ó escardar el jardín, que estar viendo siempre esas letras negras: ¡es tan difícil aprenderlas!

—Cuando sepas leer, Nancy, podrás rogar mejor á Dios, y te daré un bonito devocionario.

—¡Oh! entonces, quiero aprender... vamos, voy otra vez á deletrear.

Y volvía á empezar otra vez su penoso trabajo, pero así que la señora de Vauvres refería una historia de los Patriarcas ó de los Profetas, hablaba de los santos amigos de Dios, y sobre todo del Niño Jesús y de su Santísima Madre, enseñándola la tierna égloga del Pesebre ó el drama interesante del Calvario, redoblaba su atención; sus ojos se humedecían, comprendía con el corazón, y podía exclamar como aquel anciano labrador que, á pesar de estar atento, no comprendía el sermón sabio é ilustrado de su obispo.

—¡El alma entiende!

Ana también se complacía con las historias bíblicas tan interesantes á los jóvenes, pero no se entusiasmaba como su compañera; y con talento y memoria superiores á Nancy, no lloraba como la paisanita cuando le contaban la fe y obediencia de Abraham é Isaac, la bondad fraternal de José, la magnanimidad de Moisés el amigo de Dios, la piedad del joven Samuel, el cariño filial de Ruth, el sublime arrepentimiento de David, el heroísmo de los Macabeos,

la fortaleza de los mártires, la soledad y oración de los anacoretas, y el sacrificio de las vírgenes consagradas al Señor. Esta niña no podía expresar lo que sentía cuando su corazón rebosaba en amor á Dios, en deseos de servirle, y en santa envidia á los que tanto habían hecho por el buen Maestro: los hechos evangélicos llenaban su imaginación de personajes celestiales, y se ocupaba en estos pensamientos, aun cuando apacentaba las cabras de su padre, ó paseándose junto á las vallas de Vonvray, no lejos de las orillas del bello y pintoresco Loire, hilaba su rueca como las santas pastoras Genoveva ó Juana de Arco.

Ana, más adelantada é inteligente, en vez de complacerse en los pensamientos uniformes que se proponen un solo objeto, como Dios, sus misterios y su ley, leía mucho y se apasionaba por los personajes hermosos de la historia, que caracterizan su época y representan ante los hombres la grandeza, la gloria y algunas veces la virtud. Le agradaba cuanto había brillado en el teatro del mundo, y contaba á su amiguita las hazañas de los héroes que admiraba su juvenil imaginación.

Pero Nancy no la comprendía, y extrañaba que se hiciesen tantos esfuerzos por dominar en Atenas, Roma ó París; que se encomiase mucho el talento de haber compuesto hermosos versos (¿sabía acaso lo que eran versos?) y cuando Ana concluía uno de sus relatos históricos, le decía ingenuamente:

—¿Y qué han hecho todos estos grandes personajes por nuestro Dios?

Así trascurrió la infancia de Ana y Nancy: aproximábase el día de su primera Comunión; las dos se dispusieron con sencillez y candor, aunque la fé de Nancy era más viva que antes, y su alma rebosaba en fervor durante los ejercicios que hacían las dos niñas con la señora de Vauvres.

—¡Yo recibir á Dios! decía muchas veces: ¡una pobre aldeana! ¡Señor! ¿es posible?

Ana tenia fé, pero esta virtud íntima tan sobresaliente en Nancy no la conmovía interiormente: los ejercicios le parecían pesados y fastidiosos; la contrariaba mucho que el Catecismo interrumpiese los otros estudios, y consideraba la primera Comunión como un deber religioso y de buena educación que era bueno practicar: Nancy vía en tan hermoso día el dón más exeelente de la vida. Algunas veces ante su alegría y piedad decía suspirando la señora de Vauvres.

—¡Dichosos los que llevan desde su juventud el yugo del Señor!

Y miraba con inquietud á su hija, y exclamaba mentalmente.

—¡Dios mío! ¡qué sea vuestra!

El gran día llegó. Arrodilladas junto al altar las dos jóvenes recibieron la Hostia divina, prenda del amor de Dios al mundo. Ana se conmovió y sintió

aquella emoción interior que experimentan siempre las almas inocentes cuando Dios llama á la puerta de sus corazones, pero al ver la actitud y el llanto de Nancy, se adivinaba fácilmente que algo indecible pasaba en su interior. No podría tampoco expresarlo, y faltábanle palabras é imágenes para traducir su emoción; porque sus facultades aún estaban sin desarrollarse.

Y si la hubiesen preguntado que sentía, y que deseaba, sólo hubiera dicho:

«Amo á mi Dios y quiero servirle», palabras que resumían todos sus deseos y afectos.

La condesa de Vauvres asistió á esta interesante ceremonia de la primera Comunión que tanto anheló ver: pero fué el último acto público de su vida, que iba extinguiéndose lentamente. Sufría con paciencia y resignación angelical las fases de una penosa enfermedad, cuyo fatal término estaba previsto; y agobiada de dolores solo se ocupaba de los que amaba.

Su hija, á quien tanto quería, la preocupaba completamente: buscábala con la vista, y una leve sonrisa se dibujaba en sus pálidos labios cuando su amada hija procuraba aliviar sus padecimientos; llámábala al despertarse; y cuando rezaba que lo hacía siempre, la pobre madre moribunda más pensaba en su hija que en sí misma. A estas demostraciones de cariño uníase alguna inquietud: la señora de Vauvres recelaba que el corazón de su hija, tan bueno y

filial con ella, quizá no fuese un corazón cristiano, porque nada veía de la fé, de la sumisión y de la humildad de las almas escogidas; y esta doble vista de las madres perturbaba la tranquilidad de su muerte. Pero confiaba mucho en Dios; se sometía al divino Maestro como un niño á su padre, y con la confianza de los santos intercedía y oraba por su hija.

Lo que no puede el hombre, Dios lo puede y lo quiere, porque quiere que todos se salven.

Pasó el verano entre alternativas de temor y de esperanza, y en el otoño empezaron á declinar los días de la condesa, como declina en el horizonte un sol pálido, y caen sobre la tierra las hojas secas. Agravóse su estado el día de Todos los Santos, y oyendo la voz misteriosa que la convidaba á las bodas eternas, preparóse tranquilamente á la muerte.

Confesó al sacerdote sus faltas, muchas veces lavadas con lágrimas de sincero arrepentimiento; recibió como viático al Dios que había sido con frecuencia el huésped de su alma, y desde su juventud el compañero de su peregrinación, el amigo supremo de sus mejores y peores días; el óleo santo purificó sus miembros, dispuso algunas limosnas y después de despedirse de su infortunado esposo, hizo llamar á Ana, que cayó de rodillas sollozando.

—Amada niña, dijo la condesa con voz débil y lentamente, voy á dejarte... me llama nuestro Padre, que está en los cielos... Allí nos volveremos á ver,

Ana, y para siempre... Prométeme, hija mía, prométeme no olvidarte de Dios, que un día nos reunirá otra vez... Acuérdate de lo que te enseñó tu madre... Mira... me muero y todo lo dejo... pero la cruz de Jesucristo me consuela en estos momentos tan penosos para la naturaleza... ¡Oh! ¡no la dejes nunca! apóyate en ella... ¡Hija mía, sé cristiana!... ¿me lo prometes?

—¡Si... si... mamá, pero V. no se morirá!

—Que el cielo te bendiga como yo lo hago, hija mía, y que oiga tu promesa... ¡Dios mío! os la doy...

No pudo concluir, y dos lágrimas se deslizaron por sus mejillas, ya marcadas con el sello de la muerte. Interrumpían el silencio de la habitación los sollozos del Conde y de Ana, á los que se agregaba otra voz.

Era la de Nancy, que vino á postrarse ante el lecho de la moribunda, diciendo:

—¡Madrina, madrina! se vá usted al cielo... ¡oh! ruegue usted á Dios por mí.

—Si... sí, respondió la Condesa con voz apenas inteligible, por Ana... por todos...

Y al decir estas palabras, juntó las manos y espiró tranquilamente. Las campanas propagaron la noticia de su muerte de aldea en aldea, resonando su fúnebre tañido sobre las orillas del Loire y los áridos cerros de Vonvray.

II

La muerte de la Condesa produjo un cambio profundo en la vida de Ana. Su desconsolado padre no pudo ocuparse de ella, y pasados los primeros días de duelo la confió á una institutriz elegante y muy literata, que excitó las brillantes dotes de la joven, y la elevó hasta un grado eminente de ciencia y cultura intelectual. Pero esta institutriz elegante y aceptada por el padre no hubiese sido por la solicitud de una madre, cuyo cariño ve desde luego todo con claridad; y Ana perdió muy pronto en esta continua comunicación, si no la fé, á lo menos el fervor y candor de sus creencias. Ya no hacía sus oraciones, y las prácticas religiosas sólo fueron para ella una fórmula que muchas veces no cumplía, porque el trato con Dios lo creía más molesto que el trato social, y poco á poco, algunos malos libros completaron la ruina de su pobre alma. La institutriz no le consintió tener libros que alarmasen su modestia ó atacasen directamente la Religión; pero no la faltaron algunos que, con sus errores sobre la historia y el carácter de la Iglesia, consiguieron casi destruir su tibia fé.

Por algún tiempo el recuerdo de su difunta madre combatió estas perniciosas doctrinas; pero después perdió su influencia, y la joven, venerando siempre la memoria de su madre, se sonrió algunas veces de la sencillez de su piedad.

En medio de sus estudios, casi había olvidado á Nancy.

Esta ya no asistía á las lecciones de Ana, pero conservaba en su corazón la memoria de lo que habían aprendido juntas, y sin ambición literaria, se ocupaba de los quehaceres domésticos; hilaba, hacía media, batía la manteca, escardaba la huerta durante la semana, y los domingos iba á la Iglesia para honrar á Dios con toda su alma. Toda su ciencia se reducía á amar á Dios y á su familia. También amaba á Ana, pero la veía rara vez, y sólo podía expresar su afecto rogando al Señor por ella.

Estas dos vidas al principio tan unidas, se separaron más y más. Nancy, á los diez y nueve años, se casó con permiso de sus padres con un honrado joven llamado Gaspar, mayoral en una fuerte casa de labor de Vonvray. Quince días después casóse Ana, previa la venia paternal, con un joven del gran mundo, llamado Fabián de Eronard, con el que había de vivir alternativamente en París y en una posesión del Franco Condado.

Ana, amante de su marido y ávida de conocer otro género de vida, dejó casi sin pena la mansión en

que pasaron tranquilamente los primeros años de su vida; derramó algunas lágrimas al acordarse de su madre, besó á Nancy, se despidió de su padre y se marchó sola con Fabián para engolfarse en ese egoísmo de dos personas, en ese aislamiento en medio del mundo, que convierten en oasis los corazones amantes.

¡Extraño caso! sus esperanzas no fueron defraudadas. Halló en su enlace la felicidad íntima que produce la simpatía absoluta de dos almas sin deseos ni penas. Un hijo llamado Fabián, como su padre, vino á dilatar la perspectiva de la felicidad de Ana, y su alma ardiente nada veía más allá del tiempo presente, ni de aquellos felices días que creía durarían siempre. Entre estos sentimientos personales y terrestres extinguióse su vacilante fé. Ana, por otra parte, estaba bajo la influencia de su esposo, que, ligero y excéptico, pronto la convirtió en burlona é indiferente. Algunos libros malos, el trato con gente incrédula y el mal ejemplo de mujeres sin fé, consumaron la ruina de su alma, y Ana vivía tanto más tranquila en su olvido de Dios, en cuanto eran puros y lícitos los sentimientos de su corazón, sin pesares ni remordimientos. Ignoraba que Dios, celoso, quiere las primicias de nuestros más santos afectos y exige de nuestra vida el diezmo del pensamiento que le busca, de la voluntad que se adhiere á la suya, y del amor que corresponde á su amor. La Providencia la envió la fe-

licidad para que su alma satisfecha se dirigiese al cielo como oloroso incienso ó suave perfume, y fué sorda á este dulce llamamiento de la divina Bondad; ¿lo será también ante la prueba del infortunio?

Habían pasado muchos años en esta tranquilidad sin otro suceso que la muerte del conde Vauvres, cuando estalló el rayo en este sereno cielo.

El tifus, enfermedad fatal para los jóvenes, y que se ceba en los más hermosos y robustos, acometió á Fabián, y en pocos días puso en peligro su vida. Ana vió irse extendiendo la palidez terrorosa de la muerte, cual velo siniestro, sobre el semblante querido de su esposo; oyó salir de aquella boca, que tantas dulces palabras había pronunciado, las divagaciones de la calentura: miróla Fabián y no la conoció. En los recargos violentos de la fiebre recibió la Estremación, y murió sin conocer á su mujer y á su hijo. *El Hijo del Hombre vino en la hora en que no se le esperaba.*

Ana estaba sola con su niño, que no comprendía porque lloraba su madre.

Un dolor sombrío y de desesperación agobió su espíritu... Para algunos el dolor es yugo saludable que vuelve el cristiano extraviado á los brazos de su Dios y que le hace exclamar con David: Bueno es, Señor, que me hayáis afligido...» para otros la áspera desesperación es un estímulo para la insubordinación, una excitación para la murmuración... Ana fué

de éstos; y en su feroz dolor se indignaba contra el Arbitro supremo de la vida y de la muerte, que la había arrebatado á su espaso querido: su rebelde corazón se desahogaba en amargas quejas, en recuerdos crueles, en atrevidas recriminaciones, y débil criatura, solo dejaba esta insensata lucha para caer en los abismos de la desesperación. En sus lágrimas no había dulzuras, ni esperanzas; en aquella noche profunda de su alma ocupábase sólo del pasado, de Fabián y de su amor con una impaciente obstinación, que venía sin cesar á chocar con el obstáculo eterno de la muerte.

III

El mundo escéptico, que trataba Ana y que había concedido breve duración á su profundo pesar, se engañó, pues despues de muchos años de viudez quedó sepultado en su corazón y la preservó de nuevos afectos. Para llenar el horrible vacío de su alma se dedicó al estudio, á que siempre fué aficionada, y procuró apasionarse por los sistemas filosóficos, por las poéticas teorías y por las prescripciones regeneradoras y sociales que profesaban sus amigos.

Extravióse en las nebulosidades de la filosofía alemana; creyó descubrir con Fourier otros mundos; patrocinó los errores que el teatro y la novela ponen en circulación, ó la moda; buscó en viajes lejanos nuevas emociones y frívolos entusiasmos; visitó á Atenas, y se conmovió ante el recuerdo de Pericles; vió el Foro, y pensó entusiasmada en Cicerón y en César; pero nada sintió cuando recorrió en Jerusalén el Gethsemaní y el Calvario; y pasados muchos años en el torbellino del mundo, en agitaciones literarias y en viajes remotos, llegó á la edad viril más triste y desconsolada que en los días de su mayor aflicción.

Quedaba su hijo. Lleno de gracia y de sensibilidad en la niñez, mucho bueno prometía su adolescencia; pero no bien tomó posesión de sus riquezas y libertad, sus pasiones sin freno dominaron su alma.

Una educación sin Dios produjo sus naturales consecuencias.

Sobrecogióse de temor su madre ante los desórdenes en que, implacable consigo mismo, perdía juventud, salud y dinero, y aquellas engañosas sentencias que quizás ella misma había aprobado: «La juventud necesita divertirse y aprovechar su tiempo..... Coronémonos de rosas, gocemos.....» estas máximas de la sensualidad le parecieron horribles cuando vió

que devoraban en su hijo lo más hermoso de su juventud.

Y cuando le rogaba que se contuviese, que reflexionase y que no prodigase en vano el tesoro de sus afectos, la flor de su vida y la delicadeza de sus sentimientos, lo tomaba á broma, ó contestaba con buenas palabras, ó con algún chiste escéptico.

No ejerció influencia alguna sobre él, ni podía tenerla, porque sólo Dios da una santa autoridad á los padres sobre los hijos, y nunca Fabián oyó invocar á su madre este santo nombre.

Las manos que no se juntan para orar, no pueden tener por mucho tiempo el cetro maternal.

Concluía una noche estrepitosa del Carnaval de 1855. Ana, que había recibido algunos amigos, aun no se había acostado, y se entretenía sola leyendo un pesado libro de moda en aquellos días, de un escritor que se proponía destruir el Cristianismo y negar hasta la existencia del Salvador de los hombres.

Inclinaba su cabeza fatigada sobre aquellas páginas que serían funestas á no ser fastidiosas para la mayor parte de los lectores, pero distraíala muchas veces el recuerdo de su hijo. Fabián no había vuelto á su casa y aunque esto ya era para él una costumbre, sin embargo, una secreta inquietud oprimía el corazón de su madre.

Los ruidos desordenados de la calle, los gritos salvajes, las risas estridentes de las máscaras, la livi-

da claridad del día que hacía palidecer las bujías, el cansancio, el insomnio, la tristeza árida del libro, todo aumentaba su malestar.

Aproximóse á la ventana y levantó la cortina: la calle estaba cubierta de espeso lodo, en el cual se movían parejas que se retiraban tarde, polichinelas, árabes, caciques, pastores y pastoras, todos asquerosos de palidez y desorden á la claridad del Alba. Ana separó de ellos su vista con disgusto...

En aquel instante sonó una campana clara y vibrante: era el *Angelus*.

Miércoles de ceniza, se dijo Ana, en otro tiempo íbamos mi madre y yo á tomarla al templo y á oír la sentencia que nos recuerda somos polvo... ¡Pobre madre, creía despertarse despues de la muerte!... Error, dulce error!... ay de mi!

Y seguía en sus tristes reflexiones, cuando el rodar de un carruaje y el ruido de la puerta cochera que se cerraba, la recordaron su primera idea.

Ya vuelve Fabián, ¡qué cansado estará! ¡Pobre hijo mío! esta vida de placeres me lo mata.

Y pasó á un saloncito que daba sobre el patio donde vió el carruaje de su hijo.

Va á dormir, se dijo á sí misma; le veré despues. Pobre joven, tan amado y solicitado...

Un criado abrió la puerta y dijo:

—Un sacerdote deseaba hablar con usted...

—¡Tan temprano! no importa... vendrá á recoger alguna limosna... Si, si, que pase.

Y se sentó junto á la chimenea, sin reparar en el criado y en su actitud de espanto, y buscó su bolsillo, porque Ana, de todas tradiciones de su madre, había conservado la de la beneficencia. Abrióse la puerta segunda vez, y entró sin ser anunciado un anciano sacerdote.

—¿Viene usted por alguno limosna, señor cura? dijo Ana deseando concluir pronto una visita tan matinal.

—No, Señora, respondió el anciano. Dios recompense su caridad. Soy mensajero de desgracia...

—Mi hijo, exclamó levantándose como empujada por invisible mano. ¡Fabián!

—El me envía.

—¿Dónde está? ¿no acaba de entrar?

—Yo, señora, he venido en su coche.

—¿Dónde está? repitió con angustias mortales.

—Señora, resígnese usted y ofrezca á Dios su pena.

Ana miróle con espanto, porque todo lo había comprendido.

—¡Muerto! dijo, ¿cómo? ¿dónde? ¡hable usted!

—En desafío, despues de cenar... Pasaba cerca, después de auxiliar á un moribundo, cuando oí gri-

tos: vi á su hijo de usted... pude asistirle y espero que Dios le habrá recibido en su misericordia...

La pobre madre hizole señas de que se retirara, pero el sacerdote no se atrevió á complacerla: entró entonces en su habitación; y con la calma horrible que sigue algunas veces al primer dolor, se volvió á sentar y tomó el libro que había dejado. Eran las obras póstumas de Lamennais. Involuntariamente fijó su vista en las palabras siguientes:

«¿Queréis que os diga lo que es el mundo? Una sombra de lo que no existe, un sonido que no viene de parte alguna, una carcajada de Satanás en el vacío.»

Leyó maquinalmente estas palabras, y dijo en voz alta:

—Todo ha concluido... nada despues de esta vida... ¡ah! ¡esto es horrible!

Entraron las criadas, llamadas por el sacerdote, y la encontraron sin conocimiento.

IV

Ana no sucumbió, porque el dolor martiriza, pero no mata; y aunque el pensamiento del suicidio se

presentase con frecuencia en su cerebro enfermo, la detuvo una oculta vergüenza, el temor de llamar la atención.

Disgustada de todos, buscando como cierva herida un lugar aislado para sufrir y morir, salió de París y decidió vivir en sus posesiones de Vonvray, á donde no había vuelto después de su matrimonio. Así lo hizo la señora de Eronard, que en una hermosa tarde de Abril entró en aquel lugar desierto, antes tan animado y dichoso.

Reconociólo todo, porque su alma había sido fiel á los recuerdos de sus primeros años.

Los rayos del sol poniente enrojecían los cristales de las ventanas del castillo; los árboles descubrían las puntas encarnadas de sus nacientes hojas; millares de margaritas blanqueaban el césped, y se oían en los campos las voces alegres y animadas de los pastores y de los aldeanos que labraban las viñas, paisaje siempre tranquilo y risueño; pero Ana no sabía sentir las bellezas de la naturaleza, y sin fijarse en el parque lleno de lilas y embalsamado con los primeros olores de la primavera, entró precipitadamente en la casa, cuyo aspecto, por mucho tiempo inhabitada, era sombrío y armonizaba más con sus sentimientos.

La señora de Eronard estuvo muchos días sin salir de sus habitaciones, donde vivía con el retrato de sus dos Fabianes y algunos libros traídos de París:

no recibía á nadie ni ábria las cartas que la dirigían.

Consumida de tristeza, sin lazos sobre la tierra ni esperanzas de otra vida, pensaba siempre en aquel pasado que no existía, y que, cual vana sombra, se escapaba de sus brazos abiertos para cogerle, y en aquel misterioso porvenir que procuraba no creer, y sin embargo las causaba espanto.

El impío cuando niega, aún duda; el cristiano con su fé, goza ya de lo que espera. También la memoria de su madre se la presentaba como la mujer fuerte, que confiada en las promesas divinas, supo oponer á la muerte la tranquilidad del justo. Y resolvió visitar su sepulcro, y salió por vez primera del castillo dirigiéndose al cementerio de la aldea, donde había sido sepultada la Condesa en medio de los pobres que tanto amó y de sus colonos que la veneraron.

También estaba allí el conde de Vauvres. Dos losas de mármol blanco y dos cruces góticas designaban aquel doble sepulcro. Quedóse Ana sorprendida al ver plantadas flores de todas clases sobre aquellas tumbas: alguien cuidaba todos los días aquel festón de violetas, rosas tempranas, ranúnculos y narcisos; y dos madreselvas se enlazaban sobre las cruces. Ana se arrodilló por un movimiento involuntario, pero no pudo ni quiso orar.

Sus lágrimas, mucho tiempo contenidas, corrie-

ron con amargura por sus mejillas, y se desahogó su oprimido corazón... Pasos lentos que resonaron entonces, llamaron su atención; volvióse y reconoció, despues de treinta años de ausencia, á un anciano que era el sepulturero de la parroquia.

—Gatien, le dijo, ¿quién ha plantado tan hermosas flores sobre el sepulcro de mis padres?

El anciano no la conoció, y solo entendió á medias sus preguntas.

—Quién ha de ser, dijo murmurando, sino la vieja Nancy, que viene siempre aquí á plantar, escardar y rezar su rosario. A fé mia, que así lleva treinta años... Nunca he visto persona tan consecuente.

—¡Nancy! dijo la señora de Eronard, ¡pobre y excelente mujer! ¡Casi la había olvidado!... ¿Y dónde reside?

—¡Pardiez en su misma casita, allá abajo... Ahora está sola...

—Iré, se dijo Ana.

Y cogió una rama de un sauce que crecía junto á las sepulturas, dió una moneda al sepulturero, que la tomó meneando la cabeza, y echó á andar por un camino que no había olvidado desde su niñez.

Muy pronto divisó la casita vieja, construída con ladrillos y cubierta con una yedra y una parra que la estrechaban por todas partes.

Un campo de centono, un prado, donde pacían

una vaca y tres cabras, y una huertecita, constituían la modesta propiedad de Nancy.

La puerta estaba abierta: Ana, que se detuvo en el umbral, pudo ver varios muebles antiguos de nogal que antes estaban en casa de Filiberto, conservados con exquisito cuidado; una imagen en yeso de la Virgen, y algunos grabados toscamente coloreados adornaban aquella pobre habitación: entre los últimos, los generales y los Santos estaban confundidos, é indicaban haber sido elegidos por un militar y una mujer.

La rueca estaba junto á la chimenea; la habitación estaba desierta; pero pronto se abrió la puerta interior, y una anciana que llevaba una jarra de leche entró y se detuvo atónita ante la señora enlutada que la aguardaba y miraba atentamente.

—Nancy, dijo la señora de Eronard, ¿no me conoces?

—¡Dios mío! ¿Es usted, señora, mi querida señora? Sabía que estaba usted, en el castillo; pero no esperaba verla, porque he ido muchas veces y me decían que no quería usted recibir á nadie.

—¡No te he olvidado nunca, querida Nancy!

—Y yo todos los días pedía á Dios por usted, como si fuese de mi familia. ¡Cuánto ha sufrido usted! y á mí también me ha visitado nuestro Dios... Pero su santa madre de usted decía que sólo aflige á los que ama.

—¡Pobre mamá! con ella empezaron mis penas. ¿Sabes, Nancy, que soy viuda y que perdí á mi único hijo?

—Lo he sabido, amada señora, y también he llorado como usted, porque sé cuanto cuesta al corazón... y todas las semanas rezo el Rosario por sus difuntos, para que Dios los lleve á las eternas alegrías.

—¡Usted, reza! ¡Oh! ¡cuán dichosa es usted!

—¡Ah, señora! si no pudiese rezar por los que ya no viven, me consumiría de tristeza, y esto me sostiene... Cuando ruego á Dios por mis padres, por mi esposo y por mi hijo, mi amado Felix, me figuró que el Señor les permite ver que pienso en ellos, que nuestras almas viven juntas, y que los amo como cuando vivían, y esto me consuela... Pediría por los muertos noche y día sin cansarme.

Ana no respondió; envidiaba á aquella pobre mujer, que en el naufragio de sus afectos había sabido echar su áncora en el cielo. Dijo al fin:

—¡Usted también ha perdido un hijo!

—El único que Dios me ha dado, un hijo... era soldado... marchó con su regimiento á Crimea, y murió del cólera en el hospital de Va...

—De Vama.

—Si, señora ¡oh! murió como un santo: me escribió que me echaba de menos, y que sin eso estaba muy contento de ir al cielo. Porque tenía muy bue-

na conducta, ¡era tan piadoso! me parece que le veo allí con los militares San Jorge y San Sebastián, cuyas vidas nos leía su madre de usted.

—¿Y no ha tenido usted otros hijos?

—Si, señora, una niña llamada Virginia, porque así se llamaba la digna madre de usted, mi protectora. Y se la asemejaba mucho; buena y dulce como ella, es Hoy Hermana de la Cruz de San Andrés. Muy lejos está de aquí, pero sé que es dichosa, y hace caridad. Aunque pobre aldeana, tengo una hija que es esposa de Nuestro Señor, ¡grande consuelo para mí!...

—¿Pero está usted sola?

—Por poco tiempo, porque ya no soy joven, y pasados algunos años, quizá algunos meses, volveré á ver á mis amigos de la tierra en la casa de Nuestro Padre que está en los cielos. ¿Se acuerda usted, querida señora, de lo que nos leía su mamá en el Nuevo Testamento?

«El ojo del hombre no ha visto, ni la oreja del hombre ha oído, ni el corazón del hombre ha comprendido lo que Dios tiene reservado á los que le aman.»

—¿Y no teme usted la muerte?

—¡Ah! señora, yo no digo eso; mis pecados me causan miedo, pero el señor cura ha dicho, y yo lo creo, que servimos á un buen amo, y cuando tiemblo me oculto en las llagas de Jesucristo, y me digo que

no querrá condenarme, que me dará su eterna bienaventuranza.

—Nancy, ¡cuán dichosa es usted en creerlo así!

—Y usted, querida señora, que es tan instruida, debe orar mejor que yo y amar á Dios más que yo, porque cuanto más se le conoce más se le ama.

Ana suspiró, estrechó la mano de Nancy y le dijo:

—Puesto que usted ora, ruegue á Dios por mí.

Regresó al castillo triste y pensativa. No podía olvidar á su amiga, pobre mujer aislada, sin riquezas ni afectos en la tierra, y veía sin cesar su tranquilo semblante en que el dolor y los trabajos habían dejado profundas huellas, pero que manifestaba la paz del alma justa: pensaba en el sublime lenguaje y en los nobles pensamientos de la aldeana ignorante que nada sabía de la tierra, pero que poseía con tanta seguridad todo lo del cielo; y comparaba su vida y sus sentimientos, sus ideas y aun sus afectos, y se veía inferior á la pobre Nancy.

¡Cómo los ama! se decía, y cuán dichosa es en esperar otra vida! ¡Ay de mí! Cuando pienso en mis dos Fabianes, sólo puedo ver en ellos un puñado de polvo, una sombra, ¡nada!... Y Nancy ve á los suyos en una perpetua luz, confundidos con los Angeles...

¡Dulce y noble error! ¡Oh! ¿por qué no he conservado la fé de mi madre?

Se durmió, despertó con estos pensamientos, y durante muchos días no abrió los libros que había traído de París. No leyó más, pero reflexionó mucho... Salía muchas veces á visitar el sepulcro de su madre, y se dirigía despues á la casita de Nancy.

La pobre aldeana era siempre la misma: nada alteraba la seridad de su semblante un poco melancólico, como un hermoso paisaje cubierto de niebla, y manifestaba en sus largas entrevistas la misma confianza en Dios, la fe y la esperanza tan firmes que sorprendían á Ana, porque no conocía ni le eran familiares los pensamientos y el lenguaje de los cristianos.

Sin embargo, el orgullo de la incredulidad, minado, en sus cimientos por la adversidad, no dudaba ni se mofaba ya de las piadosas creencias de Nancy: la señora de Eronard oía pensativa á su anciana amiga, que hablaba siempre con gusto de Dios, y cuanto mas conocía aquella alma, tanto más la causaba profunda admiración, descubriendo todos los días tesoros de dulzura, de mansedumbre, de caridad y de paciencia... Todas las bellezas morales que encomia la filosofía florecían en el corazón de aquella mujer sin ilustración, que apenas sabía leer, que no sabía el nombre de su departamento, y que sólo co-

nocía una cosa, más bien por intuición que por ciencia:

Dios y su amor.

Y Ana, viendo á la pobre viuda siempre caritativa, servicial y dispuesta á prescindir de si misma, no podía negar que estas difíciles virtudes provenían de su piedad y del pensamiento de la presencia de Dios, que levantaba y sostenía el alma de Nancy en esa altura tan difícil de alcanzar y conservar. Su paciencia, sobre todo, le admiraba.

Nancy padecía una dolorosa enfermedad que conllevaba tranquilamente, sin murmuraciones ni quejas, volviendo á sus labores domésticos cuando pasaban las crisis, y hablando solo de sus sufrimientos para dar gracias á Dios. Ana presenció uno de sus terribles accidentes, y se acordó de una sentencia que había leído en otro tiempo:

«Y las virtudes mas rudas de estóica filosofía vienen á ser como hábitos, y de fácil práctica, en la mujer y en el niño que invocan con frecuencia á la Santísima Virgen María.»

En su prolongada vida, semejante á un antiguo camino cubierto de sepulcros, había visto morir, pero nunca la enfermedad y la muerte se la presentaron con tan augusto caracter; é iluminado su espíritu, decía algunas veces:

—¿Tantas virtudes quedarán sin recompensa? ¿no debe haber otra vida que compense lo incom-

pleto de la presente.....? ¿Podría tener esta pobre mujer la idea de Dios, si Dios no existiese? Su cuerpo padece mil tormentos que su alma domina. ¿Perecerá tan noble espíritu con la materia? ¿No será una materia aún más sutil?

Todo esto la preocupaba constantemente, pero nadie sabía el secreto de sus trabajos mentales. Nancy oraba mucho por ella, pero nunca la habló de la diferencia que había en su manera de pensar y de obrar; concretábase á hablar con Dios, y como la pobre enferma de las *Veladas de San Petersburgo*, pedía que su amiga amase como ella á Dios... Y cuando esta oración se dirige al cielo con paciencia desde el lecho del dolor, ¿no debe ser aceptada...?

Ana amaba á la compañera de su infancia y notaba con dolor los estragos que hacía la enfermedad sobre aquella débil naturaleza, para la que nada valían los auxilios de la medicina, quizá un poco tardíos. Su alma, antes sin emociones, insensible por el orgullo y la adversidad, se suavizaba insensiblemente al contacto de aquel carácter sencillo, buena y noble.

Renacían en ella sentimientos mucho tiempo adormecidos, una inquietud afectuosa por el prójimo, su admiración por virtudes tan humildes é ingenuas, una predisposición simpática por los otros que antes nada significaban para ella, pero que tanto amaba en

Nancy; y en fin, una duda que la hacía decir algunas veces:

—¿Poseeré yo la verdad, ó Nancy? la ignorante Nancy, ¿será más sabia que yo?

Nancy, que poco sabía de las cosas de la vida, no se apercibía de esta lucha interior. Amaba á Ana, y utilizaba el dulce influjo de la amistad en solicitar limosnas para los pobres de la aldea; defendiendo su causa, era casi elocuente, y con los males ajenos se olvidaba de los propios. Ana siempre la complacía, y sus dones, como fértil lluvia, preparaban su alma para recibir la semilla que no debían sofocar las espinas y las piedras.

Nancy se apresuraba á practicar obras buenas, porque sus días estaban contados. Sin embargo, la muerte se adelantó á los cálculos. Ana se ausentó algunas horas para ir á Tours; cuando regresó al castillo, fué á la casa de la viuda... En la primera habitación no había nadie, entró en la alcoba y un funesto presentimiento sobrecogió su alma... allí vió un admirable espectáculo.

Nancy estaba en su lecho; sus facciones pálidas y descompuestas anunciaban la muerte: junto á ella estaban el párroco y un niño que alumbraba al Santísimo Sacramento. Acababa de comulgar, y su alma, como el incensario del templo, exhalaba perfumes celestiales.

Recogida, absorta totalmente, no hablaba: de

repente abrió sus lábios, y con acento dulce y modulado recitó el trozo siguiente de un canto popular:

«Puse en el Señor toda mi esperanza, y fué mi fortaleza; conocí su dulzura en la paciencia, y ahora que estoy sola, oye mis súplicas y me llama á la patria celestial.»

Al oír esta voz melodiosa que parecía venir del cielo, el sacerdote interrumpió sus oraciones. Ana permaneció inmóvil, pero el niño unió su timbre argentino al de la moribunda, como un ángel que venía á auxiliarla en su último combate.

Dios, con tan dulces recuerdos, la inducía á concebir santas esperanzas, y disipaba sus dudas ante aquel fúnebre espectáculo; iluminada por la luz del cielo que la llamaba, ya no resistió más. Nancy calló, juntó las manos, y dijo con acento penetrante:

—¡Cuán bueno es Dios y cuán dichosa soy! ¡Voy á verle cara á cara! Un momento más, é iré á mi Dios...

Después añadió muchas veces:

—¿Cuándo será? ¿cuándo será?

Levantando, en fin, los brazos con un movimiento vehemente, dijo:

—Héme aquí.

Y espiró, volando su alma cristiana al encuentro del Esposo divino que venía á buscarla.

—¡Muerte sublime! dijo Ana al sacerdote, no bien le permitió hablar su emoción ¡Qué fortaleza! ¡qué

majestad! Y una pobre é ignorante mujer muere así, sin terror y hablando á Dios como á un amigo..!

—Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos, respondió el sacerdote.

La señora de Eronard levantó los ojos al cielo y dijo:

—Padre mío; ¿cree usted que la conversión de una pecadora pervertida por el orgullo contribuya á la alegría de esta bienaventurada alma?

—¿Quién lo duda?

—Pues bien, la oración de Nancy ha sido oída... Me convierto á Dios irrevocablemente... ¿Cree usted que me perdone, padre mio...?

¡Ella rogará por nosotros! dijo el sacerdote señalando el cadáver.

La señora de Eronard fué fiel al llamamiento divino que había resonado en su alma, y hoy su dolor se amortigua con la esperanza cristiana. Nancy parece haberle legado con su postrer aliento su grande amor al prójimo, y en medio de su pobreza supo dejar á los pobres una poderosa bienhechora: Nancy sirvió al Señor con la oración y la paciencia; Ana le sirve con la oración y la caridad.

FIN.

11. 14708

